ordenación episcopal, como expresión de fidelidad y de compromiso de custodiar la santa Iglesia, esposa de Cristo (cfr. *Rito de la ordenación de los obispos*). El anillo que hoy os entrego, propio de la dignidad cardenalicia, quiere confirmar y reforzar dicho compromiso partiendo, una vez más, de un don nupcial, que os recuerda que estáis ante todo íntimamente unidos a Cristo, para cumplir la misión de esposos de la Iglesia.

Por tanto, que recibir el anillo sea para vosotros como renovar vuestro “sí”, vuestro “aquí estoy”, dirigido al mismo tiempo al Señor Jesús, que os ha elegido y constituido, y a su santa Iglesia, a la que estáis llamados a servir con amor sponsal. Así pues, las dos dimensiones de la Iglesia, mariana y petrina, coinciden en lo que constituye la plenitud de ambas, es decir, en el valor supremo de la *caridad*, el carisma “superior”, el “camino más excelente”, como escribe el apóstol san Pablo (1 Co 12, 31; 13, 13).

Todo pasa en este mundo. En la eternidad, sólo el Amor permanece. Por eso, hermanos, aprovechando el tiempo propicio de la Cuaresma, esforcémonos por verificar que todas las cosas, tanto en nuestra vida personal como en la actividad eclesial en la que estamos insertados, estén impulsadas por la caridad y tiendan a la caridad. Para ello, nos ilumina también el misterio que hoy celebramos. En efecto, lo primero que hizo María después de acoger el mensaje del ángel fue ir “con prontitud” a casa de su prima Isabel para prestarle su servicio (cfr. Lc 1, 39). La iniciativa de la Virgen brotó de una caridad auténtica, humilde y valiente, movida por la

fe en la palabra de Dios y por el impulso interior del Espíritu Santo. Quien ama se olvida de sí mismo y se pone al servicio del prójimo.

He aquí la imagen y el modelo de la Iglesia. Toda comunidad eclesial, como la Madre de Cristo, está llamada a acoger con plena disponibilidad el misterio de Dios que viene a habitar en ella y la impulsa por las sendas del amor. Este es el camino por el que he querido comenzar mi pontificado, invitando a todos, con mi primera encíclica, a edificar la Iglesia en la caridad, como “comunidad de amor” (cfr. *Deus caritas est*, segunda parte). Al buscar esta finalidad, venerados hermanos cardenales, vuestra cercanía espiritual y activa es para mí un gran apoyo y consuelo. Os doy las gracias por ello, a la vez que os invito a todos, sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos, a unirnos en la invocación del Espíritu Santo, a fin de que la caridad pastoral del Colegio de cardenales sea cada vez más ardiente, para ayudar a toda la Iglesia a irradiar en el mundo el amor de Cristo, para alabanza y gloria de la santísima Trinidad.

Amén.

Discurso a los participantes en el Congreso Internacional Univ, Roma (10-IV-2006)

Queridos amigos:

Os dirijo un cordial saludo a todos vosotros que, prosiguiendo una

tradición que dura ya desde hace algunos años, habéis venido a Roma para vivir la Semana santa y participar en el encuentro internacional UNIV. Como se puede ver, pertenecéis a numerosos países y con asiduidad os interesáis por las actividades de formación cristiana que la prelatura del *Opus Dei* organiza en vuestras ciudades. Bienvenidos a este encuentro y gracias por vuestra visita. Saludo, en particular, a vuestro prelado, monseñor Javier Echevarría Rodríguez, así como a vuestro joven representante, expresándoles mi gratitud por los sentimientos manifestados en nombre de todos.

Vuestra presencia en Roma, corazón del mundo cristiano, durante la Semana santa, os ayuda a vivir intensamente el misterio pascual. En particular, os permite encontraros con Cristo más íntimamente, de modo especial a través de la contemplación de su pasión, muerte y resurrección. Es él quien, como escribí en el *Mensaje para la XXI Jornada mundial de la juventud*, orienta vuestros pasos, vuestros estudios universitarios y vuestras amistades, en medio del ajetreo de la vida diaria.

También para cada uno de vosotros, como les sucedió a los Apóstoles, el encuentro personal con el divino Maestro, que os llama amigos (cfr. *Jn 15, 15*), puede ser el inicio de una aventura extraordinaria: la de convertirlos en apóstoles entre vuestros coetáneos, para llevarlos a experimentar como vosotros la amistad con el Dios que se hizo hombre, con el Dios que se hizo amigo mío. No olvidéis jamás, queridos jóvenes, que vuestra felicidad, que nuestra felici-

dad, depende en definitiva del encuentro y de la amistad con Jesús.

Considero de gran interés el tema en el que estáis profundizando en vuestro congreso, es decir, la cultura y los medios de comunicación social. Por desgracia, debemos constatar que en nuestro tiempo las nuevas tecnologías y los medios de comunicación no siempre favorecen las relaciones personales, el diálogo sincero y la amistad entre las personas; no siempre ayudan a cultivar la interioridad de la relación con Dios. Sé bien que para vosotros la amistad y el contacto con los demás, especialmente con vuestros coetáneos, representan una parte importante de la vida de cada día.

Es necesario que tengáis a Jesús como uno de vuestros amigos más queridos, más aún, el primero. Así veréis cómo la amistad con él os llevará a abrirlos a los demás, a quienes consideraréis hermanos, manteniendo con cada uno una relación de amistad sincera. En efecto, Jesucristo es precisamente "el amor de Dios encarnado" (cfr. *Deus caritas est*, 12), y sólo en él es posible encontrar la fuerza para ofrecer a los hermanos afecto humano y caridad sobrenatural, con espíritu de servicio que se manifiesta sobre todo en la comprensión. Es hermoso ver que los demás nos comprenden y comenzar a comprender a los demás.

Queridos jóvenes, permitidme que os repita lo que dije a vuestros coetáneos reunidos en Colonia en agosto del año pasado: quien ha descubierto a Cristo no puede por menos de llevar a los demás hacia él, dado que una gran alegría no se pue-

de guardar para uno mismo, sino que es necesario comunicarla. Esta es la tarea a la que os llama el Señor; este es el “apostolado de amistad”, que San Josemaría, fundador del *Opus Dei*, describe como “amistad “personal”, sacrificada, sincera: de tú a tú, de corazón a corazón” (*Surco*, n. 191). Todo cristiano está invitado a ser amigo de Dios y, con su gracia, a atraer hacia él a sus amigos.

De este modo, el amor apostólico se convierte en una auténtica pasión que se expresa transmitiendo a los demás la felicidad que se ha encontrado en Jesús. También san Josemaría nos recuerda algunas palabras clave de vuestro itinerario espiritual: “Comunión, unión, comunicación, confianza: Palabra, Pan, Amor” (*Camino*, n. 535), las grandes palabras que expresan los puntos esenciales de nuestro camino.

Si cultiváis la amistad con Jesús, si os acercáis con frecuencia a los sacramentos, y especialmente a los sacramentos de la Penitencia y la Eucaristía, podréis llegar a ser la “nueva generación de apóstoles arraigados en la palabra de Cristo, capaces de responder a los desafíos de nuestro tiempo y dispuestos a difundir el Evangelio por todas partes” (*Mensaje para la XXI Jornada mundial de la juventud: L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 3 de marzo de 2006, p. 3).

Que la santísima Virgen os ayude a responder siempre “sí” al Señor que os llama a seguirlo, y que interceda por vosotros san Josemaría. Deseándoos que viváis la Semana santa en oración y reflexión, en contacto con tantos vestigios de fe cris-

tiana presentes en Roma, con afecto os bendigo a vosotros, a cuantos se ocupan de vuestra formación y a todos vuestros seres queridos.

Saludo en el Encuentro con los jóvenes, Cracovia (27-V-2006)

Queridos jóvenes amigos:

¡Os doy mi cordial bienvenida! Vuestra presencia me alegra. Doy gracias al Señor por este encuentro con el calor de vuestra cordialidad. Sabemos que “donde están dos o tres reunidos en el nombre de Jesús, él está en medio de ellos” (cfr. *Mt* 18, 20). ¡Pero vosotros sois hoy aquí muchos más! Por esto os doy las gracias a cada uno de vosotros. Así pues, Jesús está aquí con nosotros. Está presente entre los jóvenes de la tierra polaca, para hablar con ellos de una casa que no se desplomará jamás, porque está edificada sobre roca. Es la palabra evangélica que acabamos de escuchar (cfr. *Mt* 7, 24-27).

Amigos míos, en el corazón de cada hombre existe el deseo de una casa. En un corazón joven existe con mayor razón el gran anhelo de una casa propia, que sea sólida, a la que no sólo se pueda volver con alegría, sino también en la que se pueda acoger con alegría a todo huésped que llegue. Es la nostalgia de una casa en la que el pan de cada día sea el amor, el perdón, la necesidad de comprensión, en la que la verdad sea la fuente de la que brota la paz del corazón.